

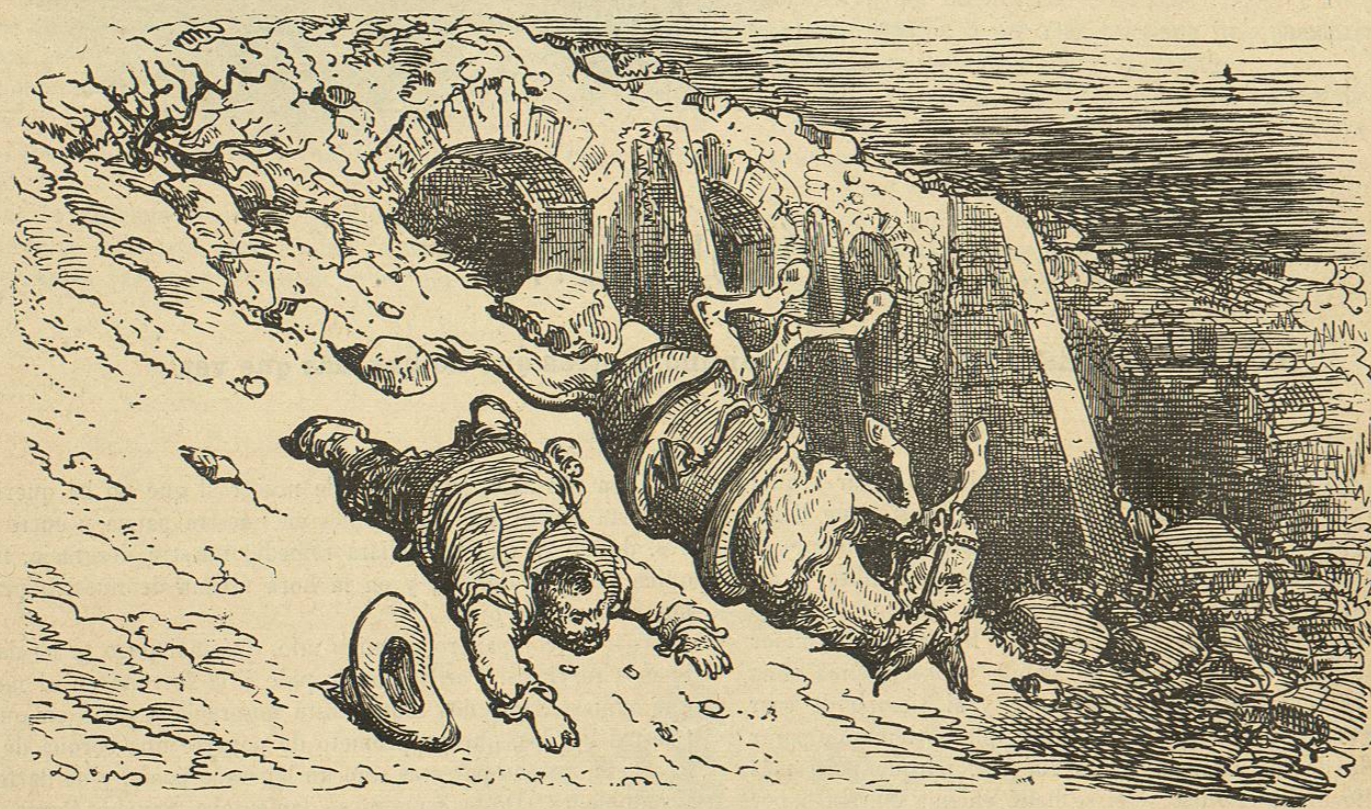
dos y por palacios de Galiana, y esperara salir desta obscuridad y estrechez á algún florido prado; pero yo sin ventura, falto de consejo y menoscabado de ánimo, á cada paso pienso que debajo de los pies de improviso se ha de abrir otra sima más profunda que la otra, que acabe de tragarme: bien vengas, mal, si vienes solo.

Desta manera y con estos pensamientos le pareció que habría caminado poco más de media legua, al cabo de la cual descubrió una confusa claridad, que pareció ser ya de día, y que por alguna parte entraba, que daba indicio de tener fin abierto aquel, para él, camino de la otra vida.

Aquí le deja Cide Hamete Benengeli, y vuelve á tratar de Don Quijote, que alborozado y contento esperaba el plazo de la batalla que había de hacer con el robador de la honra de la hija de Doña Rodríguez, á quien pensaba enderezar el tuerto y desaguisado que malamente le tenían fecho.

Sucedió pues, que saliéndose una mañana á imponerse y ensayar-se en lo que había de hacer en el trance en que otro día pensaba verse, dando un repelón ó arremetida á Rocinante llegó á poner los pies tan junto á una cueva, que á no tirarle fuertemente las riendas fuera imposible no caer en ella. En fin, le detuvo, y no cayó, y llegándose algo más cerca, sin apearse miró aquella hondura, y estándola mirando oyó grandes voces dentro, y escuchando atentamente pudo percibir y entender que el que las daba, decía:

—¡Ah de arriba! ¿hay algún cristiano que me escuche? ¿ó algún caballero caritativo que se duela de un pecador enterrado en vida, de



un desdichado desgobernado gobernador? Parecióle á Don Quijote que oía la voz de Sancho Panza, de que quedó suspenso y asombrado, y levantando la voz todo lo que pudo, dijo:

—¿Quién está allá abajo? ¿Quién se queja?

—¿Quién puede estar aquí, ó quién se ha de quejar, respondieron, sino el asendereado de Sancho Panza, gobernador por sus pecados, y por su mala andanza, de la ínsula Barataria, escudero que fué del famoso caballero Don Quijote de la Mancha?

Oyendo lo cual Don Quijote se le dobló la admiración y se le acrecentó el pasmio viniéndosele al pensamiento que Sancho Panza debía ser muerto, y que estaba allí penando su alma; y llevado desta imaginación, dijo:

—Conjúrote por todo aquello que puedo conjurarte como católico cristiano, que me digas quién eres; y si eres alma en pena, dime qué quieres que haga por ti, que pues es mi profesión favorecer y acorrer á los necesitados deste mundo, también lo seré para acorrer y ayudar á los menesterosos del otro mundo que no pueden ayudarse por sí propios.

—Desa manera, respondieron, vuesa merced que me habla debe de ser mi señor Don Quijote de la Mancha, y aun en el órgano de la voz no es otro sin duda.

—Don Quijote soy, replicó Don Quijote, el que profesó socorrer y ayudar en sus necesidades á los vivos y á los muertos: por eso dime quién eres, que me tienes atónito, porque si eres mi escudero Sancho Panza, y te has muerto, como no te hayan llevado los diablos, y por la misericordia de Dios estés en el purgatorio, sufragios tiene nuestra santa madre Iglesia católica romana bastantes á sacarte de las penas en que estás, y yo que lo solicitaré con ella por mi parte con

cuanto mi hacienda alcanzare: por eso acaba de declararte y dime quién eres.

—Voto á tal, respondieron, y por el nacimiento de quien vuesa merced quisiere, juro, señor Don Quijote de la Mancha, que yo soy su escudero Sancho Panza, y que nunca me he muerto en todos los días de mi vida; sino que habiendo dejado mi gobierno por cosas y causas que es menester más espacio para decirlas, anoche caí en esta sima, donde yago, y el rucio conmigo, que no me dejará mentir, pues por más señas está aquí conmigo.

Y hay más, que no parece sino que el jumento entendió lo que Sancho dijo, porque al momento comenzó á rebuznar tan recio, que toda la cueva retumbaba.

—Famoso testigo, dijo Don Quijote, el rebuzno conozco como si le pariera, y tu voz oigo, Sancho amigo: espérame, iré al castillo del duque, que está aquí cerca, y traeré quien te saque desta sima, donde tus pecados te deben de haber puesto.

—Vaya vuesa merced, dijo Sancho, y vuelva presto por un solo Dios, que ya no lo puedo llevar el estar aquí sepultado en vida, y me estoy muriendo de miedo. Dejéle Don Quijote, y fué al castillo á contar á los duques el suceso de Sancho Panza, de que no poco se maravillaron, aunque bien entendieron que debía de haber caído por la correspondencia de aquella gruta, que de tiempos inmemoriales estaba allí hecha; pero no podían pensar cómo había dejado el gobierno sin tener ellos aviso de su venida. Finalmente, como dicen, llevaron sogas y maromas, y á costa de mucha gente y de mucho trabajo sacaron

al rucio y á Sancho Panza de aquellas tinieblas á la luz del sol. Vióle un estudiante y dijo:

—Desta manera habian de salir de sus gobiernos todos los malos gobernadores, como sale este pecador del profundo del abismo, muerto de hambre, descolorido, y sin blanca á lo que yo creo. Oyólo Sancho, y dijo:

—Ocho días ó diez há, hermano murmurador, que entré á gobernar la ínsula que me dieron, en los cuales no me vi harto de pan siquiera una hora: en ellos me han perseguido médicos, y enemigos me han brumado los huesos; ni he tenido lugar de hacer cohechos ni de cobrar derechos; y siendo esto así, como lo es, no merecía yo, á mi parecer, salir desta manera; pero el hombre pone, y Dios dispone, y Dios sabe lo mejor y lo que le está bien á cada uno; y cual el tiempo, tal el tiempo; y nadie diga desta agua no beberé, que adonde se piensa que hay tocinos no hay estacas; y Dios me entiende, y basta, y no digo más, aunque pudiera.

—No te enojés, Sancho, ni recibas pesadumbre de lo que oyes, que será nunca acabar: ven tú con segura conciencia, y digan lo que dijeren; y es querer atar las lenguas de los maldicientes lo mismo que querer poner puertas al campo. Si el gobernador sale rico de su gobierno, dicen dél que ha sido un ladrón; y si sale pobre, que ha sido un para poco y un mentecato.

—A buen seguro, respondió Sancho, que por esta vez antes me han de tener por tonto que por ladrón. En estas pláticas llegaron rodeados de muchachos y de otra mucha gente al castillo, adonde en unos corredores estaban ya el duque y la duquesa esperando á Don Quijote y á Sancho, el cual no quiso subir á ver al duque sin que primero no hubiese acomodado al rucio en la caballeriza, porque



¡Oh compañero y amigo mío, qué mal pago te he dado de tus buenos servicios!

decía que había pasado muy mala noche en la posada, y luego subió á ver á sus señores, ante los cuales puesto de rodillas, dijo:

—Yo, señores, porque lo quiso así vuestra grandeza, sin ningún merecimiento mío, fui á gobernar vuestra insula Barataria, en la cual entré desnudo, y desnudo me hallo; ni pierdo ni gano. Si he gobernado bien ó mal, testigos he tenido delante, que dirán lo que quisieren. He declarado dudas, sentenciado pleitos, y siempre muerto de hambre, por haberlo querido así el doctor Pedro Recio, natural de Tirteafuera, médico insulano y gobernadoresco.

Acometiéronnos enemigos de noche, y habiéndonos puesto en grande aprieto, dicen los de la insula que salieron libres y con vitoria por el valor de mi brazo: que tal salud les dé Dios como ellos dicen verdad. En resolución, en este tiempo yo he tanteado las cargas que trae consigo y las obligaciones el gobernar, y he hallado por mi cuenta que no las podrán llevar mis hombros, ni son pesó de mis costillas, ni flechas de mi aljaba: y así, antes que diese conmigo al través el gobierno, he querido yo dar con el gobierno al través, y ayer de mañana dejé la insula como la hallé, con las mismas calles, casas y tejados que tenía cuando entré en ella.

No he pedido prestado á nadie, ni metídomo en granjerías: y aunque pensaba hacer algunas ordenanzas provechosas, no hice ninguna temeroso que no se habian de guardar, que es lo mesmo hacerlas que no hacerlas. Salí, como digo, de la insula sin otro acom-

pañamiento que el de mi rucio: caí en una sima, víneme por ella adelante, asta que esta mañana con la luz del sol vi la salida; pero no tan fácil, que á no depararme el cielo á mi señor Don Quijote, allí me quedara hasta la fin del mundo.

Así que, mis señores duque y duquesa, aquí está vuestro gobernador Sancho Panza, que ha granjeado en solos diez días que ha tenido el gobierno, conocer que no se le ha de dar nada por ser gobernador, no que de una insula, sino de todo el mundo; y con este presupuesto, besando á vuestras mercedes los pies, imitando al juego de los muchachos, que dicen: salta tú, y dámela tú, doy un salto del gobierno, y me paso al servicio de mi señor Don Quijote, que en fin en él aunque como el pan con sobresalto, hártome á lo menos; y para mí, como yo esté harto, eso me hace que sea de zanahorias, que de perdices.

Con esto dió fin á su larga plática Sancho, temiendo siempre Don Quijote que había de decir en ella millares de disparates; y cuando le vió acabar con tan pocos, dió en su corazón gracias al cielo, y el duque abrazó á Sancho, y le dijo que le pesaba en el alma de que hubiese dejado tan presto el gobierno; pero que él haría de suerte que se le diese en su estado otro oficio de menos carga y de más provecho. Abrazólo la duquesa asimismo, y mandó que le regalasen, porque daba señales de venir mal molido y peor parado.



CAPÍTULO LVI

De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre don Quijote de la Mancha y el lacayo Tosilos, en la defensa de la hija de la dueña doña Rodríguez.

No quedaron arrepentidos los duques de la burla hecha á Sancho Panza del gobierno que le dieron; y más que aquel mismo día vino su mayordomo, y les contó punto por punto casi todas las palabras y acciones que Sancho había dicho y hecho en aquellos días; y finalmente, les encareció el asalto de la insula, y el miedo de Sancho, y su salida, de que no pequeño gusto recibieron.

Después desto cuenta la historia que se llegó el día de la batalla aplazada; y habiendo el duque una y muy muchas veces advertido á su lacayo Tosilos cómo se había de avenir con Don Quijote para vencerle, sin matarle ni herirle, ordenó que se quitasen los hierros á las lanzas, diciendo á Don Quijote que no permitía la cristiandad, de que él se preciaba, que aquella batalla fuese con tanto riesgo y peligro de las vidas, y que se contentase con que le daba campo franco en su tierra, puesto que iba contra el decreto del santo concilio que prohíbe los tales desafíos, y no quisiese llevar por todo rigor aquel trance tan fuerte.

Don Quijote dijo que su excelencia dispusiese las cosas de aquel negocio como más fuese servido, que él le obedecería en todo. Llegado pues, el temeroso día, y habiendo mandado el duque que delante de la plaza del castillo se hiciese un espacioso cadalso, donde estuviesen los jueces del campo, y las dueñas, madre ó hija demandantes, había acudido de todos los lugares y aldeas circunvecinas infinita gente á ver la novedad de aquella batalla, que nunca otra tal no habían visto ni oído decir en aquella tierra los que vivían ni los que habían muerto.

El primero que entró en el campo y estacada fué el maestro de las ceremonias, que tanteó el campo y le paseó todo, porque en él no hubiese algún engaño, ni cosa encubierta donde se tropezase y cayese; luego entraron las dueñas, y se sentaron en sus asientos, cubiertas con los mantos hasta los ojos y aun hasta los pechos con muestras de no pequeño sentimiento, presente Don Quijote en la estacada.

De allí á poco, acompañado de muchas trompetas, asomó por una parte de la plaza sobre un poderoso caballo, hundiéndola toda, el grande lacayo Tosilos, calada la visera y todo encambrado con unas fuertes y lucientes armas. El caballo mostraba ser frisón, ancho y de color tordillo: de cada mane y pie le pendía una arroba de lana. Venía el valeroso combatiente bien informado del duque su señor de cómo se había de portar con el valeroso Don Quijote de la Mancha, advertido que en ninguna manera le matase, sino que procurase huir del primer encuentro, por excusar el peligro de su muerte, que estaba cierto si de lleno le encontrase.

Pasó la plaza, y llegando donde las dueñas estaban, se puso algún tanto á mirar á la que por esposo le pedía: llamó el maese de campo á Don Quijote, que ya se había presentado en la plaza, y junto con

Tosilos habló á las dueñas, preguntándoles si consentían que volviese por su derecho Don Quijote de la Mancha.

Ellas dijeron que sí, y que todo lo que en aquel caso hiciese lo daban por bien hecho, por firme y por valedero. Ya en ese tiempo estaban el duque y la duquesa puestos en una galería que caía sobre la estacada, toda la cual estaba coronada de infinita gente, que esperaba ver el riguroso trance nunca visto.

Fué condición de los combatientes que si Don Quijote vencía, su contrario se había de casar con la hija de doña Rodríguez, y si él fuese vencido, quedaba libre su contendor de la palabra que se le pedía, sin dar otra satisfacción alguna.

Partióse el maestro de las ceremonias el sol, y puso á los dos cada uno en el puesto donde habían de estar. Sonaron los atambores, llenó el aire el son de las trompetas, temblaba debajo de los pies la tierra: estaban suspensos los corazones de la mirante turba, temiendo unos y esperando otros el bueno ó el mal suceso de aquel caso. Finalmente, Don Quijote encomendándose de todo corazón á Dios nuestro Señor, y á la señora Dulcinea del Toboso, estaba aguardando que se le diese señal precisa de la arremetida; empero nuestro lacayo tenía diferentes pensamientos: no pensaba él sino en lo que ahora diré.

Parece ser que cuando estuvo mirando á su enemiga, le pareció la más hermosa mujer que había visto en toda su vida; y el niño ceguezuelo, á quien suelen llamar de ordinario Amor por esas calles, no quiso perder la ocasión que se le ofreció de triunfar de una alma lacayuna, y ponerla en la lista de sus trofeos; y así llegándose á él bonitamente sin que nadie le viese, le envasó al pobre lacayo una flecha de dos varas por el lado izquierdo, y le pasó el corazón de parte á parte; y pudo hacer bien al seguro, porque el Amor es invisible, y entra y sale por do quiere, sin que nadie le pida cuenta de sus hechos.

Digo, pues, que cuando dieron la señal de la arremetida, estaba nuestro lacayo trasportado, pensando en la hermosura de la que ya había hecho señora de su libertad; y así no atendió al son de la trompeta, como hizo Don Quijote, que apenas la hubo oído, cuando arremetió y á todo el correr que permitía Rocinante partió contra su enemigo, y viéndole partir su buen escudero Sancho, dijo á grandes voces:

—Dios te guie, nata y flor de los andantes caballeros. Dios te dé la victoria, pues llevas la razón de tu parte. Y aunque Tosilos vió venir contra sí á Don Quijote, no se movió un paso de su puesto; antes con grandes voces llamó al maese de campo, el cual venido á ver lo que quería, le dijo:

—Señor, ¿esta batalla no se hace porque yo me case ó no me case con aquella señora?

—Así es, le fué respondido.